

verdaderas reliquias que todo ciudadano inteligente venera porque sabe lo que representan: una vida de emociones, de trabajos, de inspiraciones delicadas.

Y aquí, los mismos que hoy escribirán sendos artículos elegíacos en honor de Troyo, hace algunos meses, á raíz de la desgracia, permitieron que la biblioteca del poeta se vendiese á lo que dieran, que se pisotearan las cartas que al artista habían dirigido otros artistas, que se asaltaran aquellas reliquias para llevarse, cada uno, el libro de más fama, cuando no el libro mejor empastado.

Se lo llevaron todo, mejor dicho, casi todo porque yo mismo he encontrado algo de lo mejor de la biblioteca de Rafael Angel tirado bajo los anaqueles de una tienda de mala muerte en los alrededores del Mercado; se lo llevaron todo, no porque era de Troyo, sino porque eran muy baratos, porque se podía obtener Lugones por una peseta y Darío por otra peseta y ambos con autógrafo.

En aquel momento debía haber habido alguien que llamase la atención de los demás, alguien que sin venarnos á

llorar ahora, después de ocho meses, la muerte del poeta, hiciese un llamamiento á los intelectuales de Costa Rica para que no se dejase desbandar todos aquellos libros, todos aquellos autógrafos, todos aquellos originales.

Nadie lo hizo. Nadie quiso hacerlo porque nadie creyó á Rafael Angel merecedor de esa distinción. Y ahora lo creen digno de una corona y los mismos que no hicieron aquello, tal vez los mismos que en un tiempo hicieron insinuaciones acerca de la paternidad de las obras de Rafael Angel que ellos atribuían á Justo Pastor Ríos, esos mismos escribirán largos artículos llorones, á manera de epitafio sobre la tumba recién abierta del poeta de Cartago.

Y se quedarán tan orondos creyendo haber cumplido un deber de humanidad y esperarán una cartita de la viuda y de los hijos del Poeta en la que les darán las gracias por haber recordado á Rafael Angel, á ese Rafael Angel que, á pesar de todo, muy pocos han sabido comprender.

JOSÉ-FABIO GARNIER

PÁGINAS LITERARIAS

Los obreros

Bajo la aurora roja que clarea,
por el camino blanco de la aldea,
desfilan los obreros en cuadriga...
resignados y mudos, los colosos,
dejan colgar los brazos poderosos
al azar de la marcha y la fatiga...

Tienen perfiles anchos y salientes,
el cabello les cae sobre las frentes,
las espaldas son bloques de cantera,
y cuando están dispersos y distantes
se recortan al sol como gigantes
que marchan al asalto de una hoguera.

Ante ellos, entre tules de neblina,
alzan las chimeneas de la usina
sus dos brazos de sangre coagulada,
y en la amarga tristeza del paisaje
aquella oscura muchedumbre en viaje
parece una gran fuerza maniatada.

Deja tras ella muerto el caserío
donde tiritan de dolor y frío
las mujeres, los niños, los ancianos...
... Al obrero que vuelve la cabeza
se le anegan los ojos de tristeza
y se le crispan sin querer las manos...

Pero por sobre el ala de amargura,
que cubre como un techo la llanura,
flota una claridad deslumbradora...
Es la esperada redención que viene:
entre las manos, como cetro, tiene
las fulgurantes llamas de la aurora.

Y la oscura y doliente caravana
entonando los cantos de mañana
entra á su cueva negra de dolores,
como una tempestad hecha poeta
que estallará al final sobre el planeta
en una colosal lluvia de flores.

MANUEL UGARTE *

* Joven y distinguido poeta argentino.